

1

Voy a contarte una historia que habla de segundos. Por lo normal, cuando mencionas los segundos, la gente piensa en los pedazos de tiempo que componen los minutos. Esos momentos breves que forman parte de algo más grande. Pero yo quiero hablar de los otros segundos: los que vienen después de los primeros. Es decir, los que quedan en segundo lugar.

La historia que voy a contarte es también una historia de gente importante. De personas extraordinarias que llegan un poco después. ¿Tarde? No. Solo después de alguien.

Créeme. Sé de lo que hablo. Porque me llamo Segundo Izquierdo. Sí, como si fuera un apartamento.

No tengo muy claro por qué me pusieron así. Mi abuelo siempre bromea con ello: «Quién iba a decir que mi primer nieto se llamaría Segundo», pero luego nunca me lo explica.

Lo que sí sé es que con este nombre lo llevo bastante crudo. Nadie presume nunca de ser el segundo, sobre todo en un mundo en el que solo se tiene en cuenta al ganador.

En serio. ¿Recuerdas el nombre de la segunda persona en alcanzar la cumbre del Everest? ¿El segundo en pisar el Polo Norte? ¿Y quién fue el segundo astronauta en llegar a la Luna? Bueno, en este caso, tal vez haya gente que sí lo recuerde, pero ¡estoy convencido de que tú tendrías que buscarlo!

Te aseguro que ser segundo es una faena. Porque significa que eres bueno, sí, pero no lo suficiente. Y eso, a veces, desilusiona muchísimo.

Resulta que en la tienda que puso mi abuelo y que, más tarde, heredó mi madre, nos dedicamos precisamente a eso, a dar premios. Se llama Trofeos Izquierdo y desde hace décadas confeccionamos medallas, copas, placas... cualquier cosa que recuerde al resto del mundo que quien las recibe es especial.

Sí, puede parecer curioso que un chico que jamás ha ganado nada se haya criado en una tienda que fabrica premios, pero así de curiosa es mi existencia.

Llevo toda la vida viendo pasar a gente que es la mejor en algo, a la segunda mejor, e incluso a la tercera. Me sé de memoria las caras que ponen cuando reciben sus galardones. Podría reconocerlas incluso si me taparan la parte de abajo del podio. El gesto de alegría del oro, pero también el de decepción de la plata, que también es el del «casi» y el de «¡Uy! Por qué poco».

Podrás ver que hablo con un poco de idea. Son años de experiencia y de entender lo que se siente al ser el segundo plato.

Por eso, si pudiera darle la vuelta a mi destino, me encantaría ser el primer Segundo en llegar el primero. Viajar al espacio y conquistar Marte. Porque si hay una cosa que me emociona sobre todas es esa: convertirme en astronauta.

Ya sé que pocos seres humanos lo consiguen. Hay que ser muy bueno y tener mucha suerte para subirse a un cohete. Pero, a veces, para animarme, me digo que los que lo logran siempre lo han intentado primero.

Si me pongo a reflexionar, yo creo que fue eso precisamente lo que hizo que mi vida diera un giro cósmico —lo de Marte, quiero decir—. Pero no nos adelantemos. Primero tengo que explicarte dónde y cuándo estaba yo antes de que el mundo entero diera la vuelta. Aquella mañana, la primera de las

vacaciones de verano, el destino me pilló desayunando. Hice como cada mañana de mi vida: abrir la alacena justo después de servirme la leche, cuando descubrí que mamá había cambiado de marca de cereales.

Mi madre a veces hace cosas así. Suele hacer cambios sin avisar. Esta vez había comprado una marca nueva con sabor a miel que tenía hierro, zinc y no sé qué más. Y yo, al descubrirlo, me puse a refunfuñar, pero como mamá ya se había bajado a la tienda, no me sirvió de nada. Me senté frente al bol de la leche a regañadientes.

Ni siquiera el paquete me gustaba. Siempre disfruto el momento de estrenar mis cereales favoritos porque el cierre es como de cremallera de cartón. Me gusta la sensación al rasgarlo y respirar el aroma que desprende la bolsa de dentro. Cuando la abres, hace como «¡pof!» y después la nube de olor se desvanece. Dura apenas un segundo, pero merece mucho la pena.

Sin embargo, nada de eso iba a ocurrir. Para empezar, el envase era distinto: uno de esos de solapa. Fatal. Todo mal. No había derecho a empezar las vacaciones de verano sin un desayuno en condiciones.

Agarré el paquete impostor y lo abrí con desgan. Tras romper la bolsa interior —que en absoluto olía como la de mis favoritos—, me serví unos



cuantos cereales en la leche y observé si se empapaban o no. Como no se hundían, me dediqué a zambullirlos sin piedad con la cuchara. En esas estaba, mosqueado con el mundo, cuando me fijé en la parte de detrás.

Unos colores vibrantes me llamaron la atención. Aquel mensaje estaba destinado a que yo lo leyera:

¡GRAN CONCURSO ZANGANITOS!

Únete a nuestro
CAMPAMENTO DE ASTRONAUTAS.

Si tienes menos de 12 años,
¡APÚNTATE A LA SELECCIÓN!
(Bases en el lateral)

Puedes imaginar la emoción que sentí. Era como si en la fábrica de Zanganitos —sí, Zanganitos era la marca de los cereales, que no te lo había dicho— supieran que existía un niño llamado Segundo con ganas de hacer historia. Me vestí lo más deprisa que pude, me comí todos mis Zanganitos como un loco y bajé corriendo la escalera hasta la tienda.

Nuestra casa está en la vivienda de encima del local, en el primer piso. Por eso, cada vez que voy a Trofeos Izquierdo, me planto allí en un suspiro. Cuando llegué, mamá y el abuelo estaban preparando el pedido de un cliente ayuntamiento. También tenemos clientes personas, pero son los menos. La